

RICARDO LEVENE

DECANO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION DE LA UNIVERSIDAD DE LA
PLATA. PROFESOR DE LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD DE
BUENOS AIRES

LOS ORÍGENES DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES Y LA EDUCACIÓN PÚBLICA ARGENTINA

(DISCURSO LEIDO EN EL ACTO REALIZADO POR LA FEDERACION
UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES, EL 14 DE AGOSTO DE 1921,
CON MOTIVO DE CUMPLIRSE EL CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD.)

EDICIÓN DEL CENTRO ESTUDIANTES DE DERECHO
BUENOS AIRES
— 1922 —

RICARDO LEVENE

DECANO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA. PROFESOR DE LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

LOS ORÍGENES DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES Y LA EDUCACIÓN PÚBLICA ARGENTINA

(DISCURSO LEIDO EN EL ACTO REALIZADO POR LA FEDERACION UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES, EL 14 DE AGOSTO DE 1921, CON MOTIVO DE CUMPLIRSE EL CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD).

EDICIÓN DEL CENTRO ESTUDIANTES DE DERECHO
BUENOS AIRES
— 1922 —

LOS ORIGENES DE LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DE BUENOS AIRES
Y LA EDUCACIÓN PÚBLICA ARGENTINA

POR RICARDO LEVENE

La aspiración de fundar la Universidad en Buenos Aires brotó espontáneamente en el momento histórico en que los pueblos se inquietaron con el ensueño de su emancipación. En tal hora—de la segunda mitad del siglo XVIII—la capital del Virreynato se desprendía trabajosamente de su obscuro pasado y una generación de jóvenes, audaces y románticos, con pujantes energías morales tenía sed de cultura.

El liberal Carlos III no se opuso a la fundación de la Universidad de Buenos Aires, cuyo plan fué aceptado por quien emprendía entonces la reforma universitaria en España y América; se opusieron todos los intereses retardatarios y creados, contrarios a los de los naturales de Buenos Aires y sus provincias.

Si la revolución hispano americana no se hubiera hecho encubiertamente a nombre de un rey cautivo desconocido, no entrañaría un contrasentido haberla realizado invocando sinceramente el nombre de Carlos III. Porque los reyes habían subscripto ese monumento de libertades y garantías que se llama el Código de Indias en el siglo XVII; habían concedido las franquicias de comercio extranjero en el siglo

XVIII. Pero el Código Indiano fué groseramente falseado por la codicia sin ley, y cada libertad comercial era resistida por el círculo irreductible de monopolistas. Las mismas razones que sepultaron en Buenos Aires el expediente de la fundación de su Universidad, hicieron decir al virrey Abascal, desde su solio del Perú, que el movimiento revolucionario porteño se realizaba por los americanos «destinados por la naturaleza para vegetar en la obscuridad y abatimiento».

El anhelo de cultura no fué colmado. Un movimiento de evolución intelectual insinuóse—sin embargo—con el establecimiento de la imprenta, las fundaciones del Colegio de San Carlos, la Academia de Náutica y del periodismo naciente; la entrada de libros prohibidos, la formación de las primeras bibliotecas privadas y oficiales que excitaron el despertar ideológico de la Colonia.

Conjunto de fuerzas culturales que derivaron y se dispersaron en la forma y núcleos aludidos en vez de corporizarse vigorizándose en la proyectada Universidad; pero fuerzas latentes y vivas que concurrieron a la explosión de 1810. Por eso decimos, que en buena parte, la Revolución de Mayo es un movimiento de emancipación del espíritu.

Dos hombres ocupan la escena en esta etapa histórica, dos jóvenes revolucionarios, educados fuera de Buenos Aires. El uno, precursor de la Revolución, venía de la lejana Salamanca en cuyas aulas no aprendió nada. Pero traía en su pupila el cuadro dramático de la Revolución de Francia que le impresionó fuertemente; traía en su espíritu los principios de la revolución de Europa de fines del siglo XVIII, y bajo el brazo, para facilitarlos a los compatriotas, los primeros ejemplares de las obras económicas que la tempestad liberal de ideas aventaba por el mundo. Era Manuel Belgrano, que a los veinticinco años, de vuelta a la tierra natal, ha

bía leído y desentrañado el sentido trascendental de «La riqueza de las naciones» de Adam Smith. Antes de 1810 nadie en el Plata abrazó con más fe que él, la causa de la instrucción pública. Sin figura retórica puede decirse—en esta oportunidad en que hablamos de los orígenes de la educación pública argentina—que la tribuna del secretario del consulado fué la primera prestigiosa cátedra de predicación e irradiación de la ciencia social y económica entre nosotros. Fué maestro con alma sencilla de educador, que concibió prematura y generosamente un vasto plan educacional moderno. Quería la fundación de un instituto de agricultura, de una escuela de comercio, de escuelas gratuitas para niñas, de escuelas profesionales para mujeres, de un instituto de química experimental, de una academia de náutica y dibujo, de muchas escuelas primarias, deseoso de operar al modo del agua fuerte sobre el hierro, para remover la organización centenaria de aquella compleja masa étnica y moral, Sarmiento de la época de la colonia, que libró las primeras encarnizadas batallas contra la ignorancia criolla.

El otro, director de la Revolución, venía de la Universidad de Charcas, en cuya Academia—creada como varias de América a imitación de las que se fundaron en la Península—se ampliaban los estudios universitarios enseñándose preferentemente derecho castellano e indiano. Era Mariano Moreno, quien para doctorarse en leyes, disertó en la Academia sobre la condición de los indios, iniciándose en la vida pública con una profesión de fe por la justicia y la libertad de los humildes.

Tuvo la conciencia de su misión histórica y energías para empujar con eficacia hacia una alta finalidad las fuerzas disolventes y encontradas de la Revolución. El, que había pedido permiso inútilmente para publicar la Representa-

ción de los hacendados—que vió la luz en Río Janeiro al tiempo que en Buenos Aires—escribió en el tercer número de la «Gaceta» el artículo sobre la libertad de escribir, proclamando que con excepción de los asuntos religiosos y del gobierno, era necesario otorgar absoluta libertad para hablar, porque si se oponen restricciones al discurso—dice—«vegetará el espíritu como la materia, y el error, la mentira, la preocupación, el fanatismo y el embrutecimiento harán la divisa de los pueblos y causarán para siempre su abatimiento y miseria»; él, que dijo confidencialmente a su hermano Manuel, a pocas horas de conocer su nombramiento en la Junta, que la Revolución no debía limitarse a suplantar unos funcionarios por otros pues era necesario destruir los abusos y educar al pueblo, se consagró a esta grande obra, escribiendo todas las páginas de la «Gaceta», creando la biblioteca pública de Buenos Aires e iniciando la publicación de obras de carácter político para educar al nuevo soberano con «El contrato social» de Rousseau que dedicó a los jóvenes americanos, en cuyo prólogo dice con belleza, que tanto vale el servicio que presta el soldado oponiendo su pecho a las balas enemigas como el sabio «que abandona su retiro y ataca con frente serena la ambición, la ignorancia, el egoismo»; él, defensor de los derechos de los criollos para ocupar los cargos de la administración siempre que tuvieren la idoneidad y actividad necesarias, contestó al infatuado virrey Abascal con voz que tuvo eco en todos los corazones; «el gobierno antiguo—dijo—nos había condenado a vegetar en la obscuridad y abatimiento; pero como la naturaleza nos había creado para hacer grandes cosas hemos empezado a obrarlas: limpiando el terreno de la broza de tanto mandón inerte e ignorante».

Se puede decir—entonces—que la aspiración de fundar la Universidad de Buenos Aires se ha exteriorizado con los primeros latidos revolucionarios y que el acto de 1810, es en primer término, de liberación del pensamiento.

Renovadoras fuerzas vivificaron el nuevo organismo político y cultural. Alguien se irguió en 1810, solitario soñador, ensayando continuar la Revolución en orden, abrir canales a las energías engendradas impidiendo que las aguas salieran de madre... Fué en vano. Desde diciembre de 1810 el país entró en la anarquía, aquejado por el desorden y la lucha intestina, leve en 1811, desgarrante en 1815, mortal en 1820. Era la embrionaria e inorgánica democracia que estallaba, bárbara pero fecunda; que al romper en pedazos el gobierno político del Directorio y la Asamblea, hacía sucumbir la organización del país pero de cuyo naufragio sobrenadaron dos principios básicos, el sentimiento de la nacionalidad republicana y otra vez, más inflamado y ardoroso que nunca, el ideal de cultura.

El ideal, pero no la realidad misma. En diez años no se habían reorganizado sino el protomedicato y colegio de la Unión del Sud y creado la Academia de Jurisprudencia. En 1820 la instrucción primaria estaba más atrasada que en 1810. Imperaban métodos de enseñanza anticuados. Mientras se dedicaba media hora a hacer cuentas se insistía tres cuartos de hora en oír misa; todavía se aplicaba la pena de azotes, aunque no se permitía dar más de seis, ejecutándose el acto «con la majestad y circunspección posible», como rezaban los reglamentos en vigor.

Lo penoso es esa realidad; lo admirable es el ideal. Ante ese triste estado de la cultura pública, mezclándose con las disposiciones citadas, aparecen otras, estableciendo la obli-

gatoriedad de la enseñanza y aquella que para enaltecer al humilde maestro debía tratársele «como un verdadero Padre de la República endulzando sus fatigas con demostraciones de gratitud»; ante el espectáculo del país devorado por la anarquía y el caudillismo triunfante, entre las sombras de 1821, hombres solidarizados en la causa de Mayo—Pueyrredón primero, Rodríguez, Rivadavia y Antonio Sáenz después—encendieron la luz de la Universidad.

La encendieron con unción religiosa. Era una lucecita que irradiaba más calor que brillo.

No preguntéis qué enseñaban sino para conocer la filiación genética de las ideas en la Argentina. Los manuales redactados por los maestros, Avelino Díaz de físico-matemáticas, José Manuel Agüero de filosofía, Pedro Somollera de derecho civil y Antonio Sáenz de derecho natural y de gentes, están concebidos en los elementos de las ciencias respectivas que todavía tardaban mucho en llegar hasta la apartada Buenos Aires.

Sáenz repetía a Grocio y Somollera a Bentham, como Belgrano siguió los rumbos de Campomanes y Smith, y Moreno los de Filangieri y Rousseau, aunque se debe recordar en principio, con Macaulay, que tratándose de la inteligencia más vale digerir una página que no devorar un infolio, y se debe repetir entre nosotros que aquellos primeros maestros de la Universidad tenían que andar más largo camino que sus propios discípulos porque necesitaban olvidar lo que habían aprendido...

Preguntad cómo enseñaban. Enseñaban con cálida inspiración, tenían respeto por el sacerdocio del magisterio, fraternizaban amistosamente con sus discípulos, agitaban sus mentes con problemas inquietantes y sembraban en sus corazones la semilla del amor.

Los cursos superiores de la Universidad que se creaba, tuvieron muy pocos alumnos inscriptos: cuatro en el departamento de medicina y nueve en el de jurisprudencia. Mientras el genio de Rivadavia sustentaba brillantes iniciativas relacionadas con el fomento de la alta cultura—como la institución de premios universitarios, la colección de poesías argentinas, la fundación del teatro nacional—el rector Sáenz se entregaba por entero a la educación primaria descendiendo hasta la entraña del problema. Modestamente hizo inventariar el material escolar existente, cuya sola enunciación mejor que un discurso, descubre el abandono de las escuelas de primeras letras; porfiadamente luchó para que se mantuviera el sueldo de los maestros que de 600 pesos al año se pretendía disminuirlo a 400; solicitaba se pagara el alquiler de las casas que ocupaban las escuelas, cuyos dueños amenazaban con el desalojo; y todavía le sobraban energías para empeñarse en la fundación de ocho escuelas más, no ya en la Capital, sino en la campaña, donde la Universidad clavaba su mirada; extensa e inculta campaña todavía colonial que estrechaba a Buenos Aires y en cuyo seno se agitaban sombras amenazantes... El fantasma avanzaba a pasos regulares como un producto histórico fatal, sospechado por muchos, sin que nadie pudiera individualizarlo. En 1829, apenas subido al gobierno, el propio Rozas dijo rechazando un homenaje popular: «no es la primera vez en la historia que la prodigalidad de los honores ha empujado a los hombres públicos hasta el asiento de los tiranos».

El formidable cargo—aparte otros—que formulamos, es la esterilidad de los veinte años de dictadura. Los decretos de 1838 exigiendo que los alumnos costearan la enseñanza y el de 1846, por el que se designaba una comisión de censura de programas y textos para imponer su adecuación con la doc-

trina católica y el sistema político, disgregaron la Universidad, apagaron la luz naciente.

En 1850 era un sonido trémulo de voz lejana la vibración intelectual de 1820. Después de Caseros y Pavón la Universidad renació con la unidad política reconstituida, creciendo al ritmo acelerado del potente desarrollo estructural y económico del país. La ley Avellaneda de 1885, el restablecimiento definitivo de la Facultad de Humanidades y Filosofía, las creaciones de los departamentos de Agronomía y Veterinaria y Ciencias Económicas (que ampliaron el tipo clásico y tradicional incorporando al seno de la Universidad institutos técnicos), la anexión del Colegio Nacional Universitario y el plan del rector Uballes de constituir la Facultad de Bellas Artes, señalan las etapas de su historia externa; la historia interna de la cultura argentina, que está en vías de escribirse, dirá en que grado y momento, la Universidad ha contribuido a consolidar la unión nacional y el bienestar público.

Es inútil pretender que haya ejercido desde sus orígenes profunda influencia en la formación de los hombres de ciencia aunque la ha ejercido en la cultura general; pues hace cien años—como hoy todavía—las Facultades no han diplomado sino profesionales y las altas expresiones del talento y el genio aplicados a todos los órdenes o no han sido universitarios o han acrecentado su cultura fuera de la Universidad.

Yo no creo que la historia sea la maestra de la vida como se ha dicho desde antiguo. Su único ideal debe ser la verdad. Pero estimo con Echeverría que los pueblos deben independizarse de las tradiciones retrógradas y continuar las progresivas.

Y de nuestro pasado universitario, como de fuente pura, manan ideas madres innovadoras, a las cuales es preciso volver. La fundación de la Universidad, en efecto, no era un milagro o especie de creación fantástica, pues se proyectó cuando el virreynato tenía fuerzas intelectuales y morales y surgió sobre la base de institutos existentes: el protomedicato, la escuela de matemáticas, la de dibujo, la academia de jurisprudencia, el colegio del sud, sobre cuyos cimientos se erigieron los departamentos de medicina, ciencias exactas, derecho y de estudios secundarios. La universalidad de la enseñanza como contenido de la Universidad, microcosmos que involucra la escuela de primeras letras, la escuela media y los estudios superiores, constituyéndose así, en un vigoroso poder educacional: los progresos de la instrucción en todos los grados, serán inspeccionados y dependen de una misma autoridad como explicaba Rivadavia al rector Sáenz. La dotación de bienes propios para la Universidad, como se pensó en 1778 y se realizó en 1821, que entraña el concepto fundamental de consagrar su autonomía económica. Y la obligación de los profesores de escribir sus lecciones, como prenda de autoridad intelectual y expresión de su amor y dedicación a la enseñanza.

Se deben continuar las tradiciones progresivas como corresponde adoptar las reformas que intensifican la vida de los organismos para su más larga expansión.

Aspiramos a realizar el fin esencial de la Universidad que no será alcanzado si no vive en la idea pura de la ciencia, desterrando la Universidad como función de exámenes y los exámenes subalternos con los apuntes favoritos; y no será satisfecho con la investigación parcial de la ciencia misma, sino en la vasta, integral y humanista que contempla

la unidad de los problemas generales y superiores del espíritu.

Estudiantes delegados de la Federación Universitaria de Buenos Aires, que habéis organizado esta sencilla ceremonia, confiándome un cometido que excede mis fuerzas; estudiantes delegados de las federaciones de la Plata, Córdoba, el Litoral y Tucumán, que os habéis asociado cordialmente: en esta hora grávida del mundo y en este instante solemne para el porvenir de la cultura argentina, sellemos un compromiso de honor—profesores y alumnos que compartimos amorosamente la labor común—para engrandecer el patrimonio moral que hemos recibido.

He terminado.
